

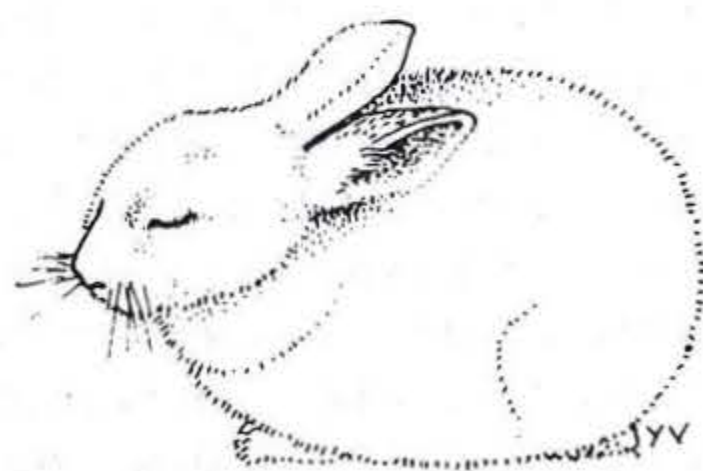
bledo redacta una carta dirigida al visitador Díaz de Armendáriz, en la que acusa a Belalcázar de acosarlo y de matar a sus mensajeros, pretendiendo librarse de él en esta forma pseudolegal. Se queda dormido y, para su sorpresa, es el propio Belalcázar quien hallándolo indefenso en su lecho, lo despierta, le muestra, terrible, la carta traicionera y lo condena a la pena de muerte que todos los colombianos conocemos: le manda cortar la cabeza, que hace colocar en la punta de una vara para escarmiento de las díscolas tropas españolas.

Pero la obra no comienza realmente en esta primera escena: éste es apenas una especie de prólogo indispensable para que el público se entere de los antecedentes del verdadero y terrible drama, el que empieza cuando, fantasmalmente, ingresa al escenario la cabeza empalada de Robledo, hablando, viva y sufriente. Aparece después, también misteriosamente, el cadáver de Belalcázar, amortajado dentro de su ataúd, se establece un diálogo entre los dos personajes, que a veces hace estremecer de horror, pero, también, de risa; sí, de risa horrorizada, pues el público interviene en la obra con sus inevitables respiraciones, suspiros, movimientos y agitaciones de conciencia, y los personajes, que no saben dónde se hallan ni por qué están allí, creen, atormentados aún por antiquísimos rencores y por las falsificaciones que de ellos han hecho los siglos, es decir, el público, creen pues que se hallan en el infierno, o, al menos, en el purgatorio, ya que piensan ver almas en pena en el auditorio. Maravillosa y gran metáfora de la vida y de la muerte, de la justicia y la injusticia, del pecado y la inocencia, del mundo y del más allá, la creada aquí por Henry Díaz Vargas en esta pieza que desborda aún la imaginación del propio autor: su planteamiento es tan rico en contenidos, que uno, y el público, podría extenderse indefinidamente en comentarios y especulaciones de todo género.

Pero hay que concluir, y hay que concluir diciendo que este volumen,

en conjunto, es un libro apreciable. El teatro colombiano ha adquirido ya, en ocasiones como la presente, una madurez, un vigor, una autenticidad y un estilo todavía injustamente desconocidos e inapreciados. Este tipo de ediciones, que ya a pesar de todo comienzan a no ser tan raras, deberían estimularse en todas las regiones del país; podríamos descubrir así, maravillados, quizás para alivio de nuestro orgullo nacional tan maltrecho, que Colombia no es solamente café, esmeraldas y droga.

FERNANDO GONZÁLEZ CAJIAO



El ancho y ajeno mundo de la literatura andina

Trozos selectos de la literatura andina

Secretaría Ejecutiva Permanente del Convenio Andrés Bello (comp.)
Ediciones Convenio Andrés Bello,
Bogotá 1983, 465 págs.

El único despiste de esta antología es su título: *Trozos selectos de la literatura andina*. Habría que aclarar que lo de "literatura andina" no ha supuesto en este caso un criterio para la reunión de escritos cuya procedencia y temática los caracterice y los ligue como orden literario *sui generis*. Más bien, el propósito ha sido escoger una muestra representativa de la literatura de los países signatarios del Convenio Andrés Bello. Se ofrece, pues, en este libro de 465 páginas una apretada selección de la mejor poesía y la mejor prosa narrativa (y algún ensayo) de Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela.

El Convenio Andrés Bello busca ante todo la integración cultural. "La integración es un proceso y no un fin; es la indeclinable voluntad de acercamiento a favor de la construcción del futuro", se explica en la presentación de la antología. Y el idioma español es el vínculo fundamental. Pero ¿existe una literatura andina? Como la antillana o la rioplatense o la carioca, es posible que sí, sobre todo cuando el preceptista literario se empeña en el escrutinio de unos elementos comunes y distintivos de una escritura nacida en y referida al espacio infinito, múltiple de los países atravesados por esta cadena montañosa de 7.500 kilómetros. Compartimos muchos rasgos; entre ellos el de ser uno de los mundos que busca con más ahínco la afirmación cultural. El mestizaje, la conjunción de culturas, un pasado (y un presente) opresivo, las luchas sociales y políticas, mil cosas, hacen de esta región —y de Latinoamérica toda— una veta de la más grande potencialidad creativa.

Pero también nos distancian algunos elementos, y esta diversidad es bienvenida. De hecho, los antologistas de cada país no han realizado sus respectivas elecciones buscando unas constantes temáticas, estilísticas, lingüísticas, etcétera, en las obras de sus mejores escritores. Aun dentro de un mismo entorno social existen perspectivas muy distintas. Es difícil, por ejemplo, establecer "correspondencias andinas" entre las obras de los peruanos Vargas Llosa y Ciro Alegría. En el primero figura el logro extraordinario de una construcción novelística en torno al mundo de unos adolescentes limeños —miraflorinos de clase media— en ese territorio lúdico del barrio (*Los cachorros*, *Día domingo*) o en el más heterogéneo coto de caza humana de un colegio militar (*La ciudad y los perros*); mientras que en el segundo estaría más la visión de ese espacio rural de aparente impasibilidad, como lo expresa bellamente el título de una de sus obras: *El mundo es ancho y ajeno*.

Individualmente, la obra de García Márquez poco tiene de andina y

sí mucho de caribe. Y en Colombia estos dos ámbitos culturales están en las antípodas uno del otro en muchos aspectos. Pero con seguridad, "hilando muy delgadito", podrán encontrarse nexos telúricos o de otra índole entre Macondo y, por ejemplo, ese territorio místico de las orillas del Titicaca, donde moran los aymaras, que exploró el boliviano Alcides Arguedas en su *Raza de bronce*.

Para no seguirnos pegando de este clavo caliente de la supuesta literatura andina, podría decirse, en cambio, que esta diversidad geográfica, étnica, idiosincrásica, mítica, mágica, poética, expresada por esta pluralidad de voces provenientes de las breñas andinas o de las costas pacífica y caribeña, es lo que provee de interés a esta muestra y lo que señala la gran fuerza y el gran porvenir de esta literatura.

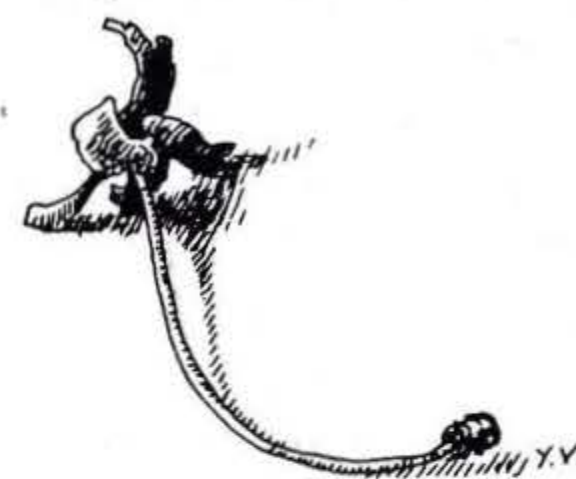
Como en toda antología, y más en esta de tan vastos alcances, los reparos empiezan apenas se echa un vistazo al índice. Un primer problema: la fragmentación de los textos. Los antologistas han tenido que meterse en esa camisa de fuerza de "cien páginas máximo para cada país", según el mandato de la secretaría ejecutiva permanente del Convenio Andrés Bello (Secab), editora del libro. Por fuerza mayor hay que presentar apenas un trozo de las novelas, a sabiendas de que la fragmentación sólo es justificable cuando el trozo posee casi un carácter cerrado o es muy indicativo de la forma del todo novelístico; ya que el propósito estético de una novela se difunde dentro de una estructura general. Pero este es otro clavo caliente.

"Toda antología es, ante todo, una polémica", dice con acierto el antologista de la sección colombiana, Conrado Zuluaga Osorio. A él pudiera reclamársele —con injusta exigencia, tal vez— su olvido de Rafael Pombo y de León de Greiff. También reprochársele la inclusión de los cuentos de José Félix Fuenmayor (calidad precursora) en un espacio demasiado grande que bien hubiera podido compartir con Manuel Mejía Vallejo o Álvaro Cepeda Sa-

mudio. En los otros nombres da en el blanco: Silva, Barba Jacob, Carrasquilla, Rivera e Isaacs. Y respecto a García Márquez ha tenido el buen juicio de usar el pasmoso inicio de *Cien años de soledad*, lectura que sin duda inducirá al lector joven a buscar la continuación de esta magia narrativa en la obra completa, como lo dice Perogullo en contra de la derecha filistea.

El libro está destinado a profesores y estudiantes de educación secundaria de los países de la subregión, con el objeto de "renovar el interés por sus valores literarios". Ojalá que esta exhortación de la Secab no se asuma muy académicamente. Los buenos lectores fueron (¿son?) ante todo lectores hedónicos; su hábito de la lectura lo consiguieron probablemente leyendo a Verne y a Salgari, antes que a Proust o a Joyce. Seducir para la literatura es tarea ardua hoy en día. Está la televisión con su hipnótica carga de banalidad, atrofiando cualquier naciente sensibilidad para la buena literatura. Y cien cosas más atentan contra este desarrollo de la apreciación estética. El descubrimiento (ya no el deslumbramiento) de la poesía se efectúa hoy en el a veces tedioso mundo académico. Se instauran así otras formas ya más metodológicas de abordar este vasto florilegio de "obras cumbres", como las llama la Secab. Por ejemplo: confrontar la visión del tema indigenista en el ecuatoriano Jorge Icaza y en el boliviano Alcides Arguedas; trazar un itinerario que arranque con la sensual y conmovedora música de la poesía de Silva, pasando por la fuerza innovadora de Vicente Huidoro ("Por qué cantáis la rosa, ¡oh poetas! hacedla florecer en el poema"), hasta llegar a la profundidad lírica del más grande poeta peruano, César Vallejo. Y, por fin, esta antología da al lector joven la posibilidad de husmear en las literaturas que no cuentan propiamente con cañones propagandísticos. Tal los casos de la panameña, la boliviana, la ecuatoriana, la venezolana.

RAÚL JOSÉ DÍAZ



¡Cuidado Honorio, vas a besar un lugar común!

Las embrujadas del Cinaruco

Alfonso Hilarión Sánchez

Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1985, 174 págs.

La belleza de las Cabanillas les atrajo la fatalidad. La maldición de Candela Basán las destinó a morir jóvenes. El libro de Alfonso Hilarión Sánchez se abre con la muerte de Florencia Cabanillas y termina cuando cesa la maldición, que recuerda el comerciante en ganado Antonio Roldán a Rosa María Cabanillas.

La hermosura de las Cabanillas hizo que el menor de los Basán, pícaros que viven de arrear ganado vendiéndolo en bolívares, se enamorara locamente de tu tía Cenobia. Repudiado, el muchacho murió de amor. Su madre, la temida candela Basán, juró acabar con las hermosas Cabanillas.

Todas tus tías han muerto jóvenes, pues ninguna podía tener marido, ni asistir a joropos, alboradas o parrandas. Créeme, son cosas del llano. Yo conozco el alcance de estos maleficios, por eso aconsejé a tu madre huir, escondiéndose en mi hato, perdido en los confines con Venezuela. Elogié su patriotismo: jamás quiso abandonar el país.

El núcleo del relato reposa sobre dos ideas muy sugestivas: la belleza que es fatal para sus poseedores y el mundo misterioso de la maldición que no respeta distancias y que es